

te á su prisionero, fué á verle en persona y le anunció que desde aquel momento quedaba libre. Le manifestó al mismo tiempo que esperaba que todas sus pasadas diferencias quedarían sepultadas en el olvido, y que de allí en adelante solo se acordarian de su antigua amistad. Hernando le replicó, con aparente cordialidad, que él por su parte no deseaba otra cosa. Juró luego del modo mas solemne, y empeñó su palabra de caballero, lazo quizá tan fuerte para él como el primero, de que cumpliría religiosamente lo estipulado en el convenio. Llevóle en seguida el Mariscal mismo á sus cuarteles, en donde se sentó á la mesa con los gefes principales, y algunos de ellos juntos con Diego de Almagro, hijo del general, acompañaron despues á Hernando al campamento de su hermano, que se habia trasladado á la vecina ciudad de Mala. Allí les recibió á todos el gobernador con la mayor cordialidad, les obsequió cortesmente, y sobre todo prodigó mil atenciones al hijo de su antigua camarada. En una palabra, fué tal la descripcion que hicieron á su vuelta de la acogida que hallaron en el gobernador, que ya no quedó duda á Almagro de que al fin se habia arreglado todo amistosamente.<sup>28</sup> Mas no conocia á Pizarro.

<sup>28</sup> Ibid., loc. cit.—Carta de Descub. y Conq., MS.—Zárate. Gutierrez, MS.—Pedro Pizarro, Conq. del Perú, lib. 3, cap. 9.

## CAPITULO II.

PRIMERA GUERRA CIVIL.—ALMAGRO SE RETIRA AL CUZCO.—BATALLA DE LAS SALINAS.—CRUELDAD DE LOS VENCEDORES.—PROCESO Y EJECUCION DE ALMAGRO.—SU CARACTER.

1537—1538.

Apenas habian partido los oficiales de Almagro, cuando reuniendo el gobernador su pequeña tropa en derredor suyo, le hizo una breve reseña de los muchos agravios que habia recibido de su rival; la ocupacion de su capital, la prision de sus hermanos, el ataque y derrota de sus tropas, y concluyó declarando que era llegada la hora de la venganza; declaracion que recibió con aplauso su auditorio. Mientras duraron las negociaciones, no habia cesado Pizarro de hacer preparativos para la guerra. Habia reunido una fuerza mucho mayor que la de su rival, recojida en diversos lugares; pero com-

puesta en su mayor parte de hombres acostumbrados al servicio. Anunció en seguida que como ya era demasiado viejo para dirigir en persona la campaña, daría este encargo á sus hermanos, y relevó á Hernando de todos los compromisos contraídos con Almagro, porque la necesidad justificaba tal medida. Este caballero insistía con loable obstinación en cumplir la palabra dada; pero al cabo se sometió con repugnancia á las órdenes de su hermano, por exijírselo también así imperiosamente su fidelidad al soberano.<sup>1</sup>

El gobernador avisó en seguida á Almagro que el tratado quedaba roto. Al mismo tiempo le requirió que renunciase sus pretensiones al Cuzco, y se retirase á su territorio, haciéndole responsable de las consecuencias que pudieran seguirse si así no lo verificaba.

Almagro, que vivía tranquilo en su engaño, vió entonces claramente el error que había cometido, y acaso recordaría los prudentes avisos de su teniente. La primera parte de la profecía estaba cumplida ¿y porqué no se había de cumplir también la otra? Para colmo de su desgracia, le aquejaba entonces una penosa enfermedad, resultado de los excesos de la juventud, que había minado su constitución y no le permitía trabajo alguno mental ni corporal.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Herrera, Hist. General, dec. 16, b. 3, cap. 10.

<sup>2</sup> "Cayó enfermo i estuvo malo á punto de muerte de bu-

En tan triste estado confió el manejo de sus negocios á Orgoñez en cuya fidelidad y valor podía confiar ciegamente. Su primera medida fué guardar los pasos de la sierra de Guaitara, cadena de cerros que rodea el valle de Zangalla, donde se hallaba Almagro por entonces. Pero á causa de algun mal cálculo, no se ocuparon los pasos á tiempo, y el enemigo, mas activo que él, venciendo las peligrosas gargantas consiguió verse al otro lado de la sierra, donde una fuerza mucho menor que la suya podría haberle atacado con ventaja. La buena estrella de Almagro iba declinando á su ocaso.

Pensó entonces en el Cuzco, y ansiaba por tomar posesion de la ciudad antes que llegase á ella el enemigo. Como su debilidad no le permitía sostenerse á caballo, tuvo que dejarse conducir en una litera; y cuando llegó á la antigua ciudad de Vilcas, no lejos de Guamanga, su enfermedad se agravó tanto, que se vió precisado á detenerse allí tres semanas, antes de hallarse en estado de continuar su camino.

En el entretanto el gobernador y sus hermanos, despues de pasar la sierra de Guaitara bajaron al valle de Ica, donde Pizarro se detuvo

bas y dolores." (Carta de Espi. fué un castigo muy severo por mal, MS.) En semejante crisis los pecados de la juventud; pero

Justos los Dioses son, y de los vicios  
Que nos agradan mas, el instrumento  
Forman con que severos nos flagelan.

bastante tiempo para poner en orden sus tropas y terminar los preparativos de la campaña. Hecho esto, se despidió del ejército y se volvió á Lima, dejando la continuacion de la guerra, como antes habia anunciado, al cuidado de sus hermanos, por ser mas jóvenes y mas activos. Hernando salió poco después del valle de Ica y se fué por la costa hasta Nasca pensando dar un rodeo al internarse para evitar un encuentro con el enemigo, que podria ponerle en apuro en algunos pasos de las cordilleras. Almagro por desgracia suya, no adoptó este plan de operaciones que le habria dado tantas ventajas sobre su contrario; y este, sin mas estorbos que las dificultades naturales de la marcha, llegó á las cercanías del Cuzco á fines de Abril de 1538.

Pero Almagro estaba ya posesionado de la capital, á donde habia llegado diez dias antes, y reunió un consejo de guerra para determinar el partido que debería tomarse. Algunos opinaron que debía defenderse la ciudad. Almagro habria tentado de buena gana el medio de las negociaciones; pero Orgoñez replicó bruscamente: "Es demasiado tarde; habeis dado libertad á Hernando Pizarro, y ya no queda otro recurso que venderle." La opinion de Orgoñez, de que saliesen á dar batalla al enemigo en los llanos, prevaleció al fin. El mariscal, á quien sus enfermedades impedian aun el encargarse del mando,

le encomendó á su fiel teniente, el cual reuniendo sus fuerzas salió de la ciudad, y eligió su posicion en las Salinas, á menos de una legua del Cuzco. Llamóse así aquel lugar por ciertos pozos ó estanques que habia en él para la fabricacion de la sal que sacaban de un manantial cercano. La eleccion de aquel terreno fué muy desacertada, pues por hallarse cortado á cada paso era muy poco apropósito para que trabajase la caballería, en la cual consistia la fuerza principal de Almagro. Pero aunque le instaron muchas veces sus oficiales para que saliese á campo abierto, Orgoñez insistia en considerar su posicion como la mas favorable para la defensa, porque la resguardaban por el frente una ciénega y un rio que corria por el llano. Su fuerza llegaria en todo á unos quinientos, hombres siendo mas de la mitad de caballería. Su infantería carecia de armas de fuego, las que se suplieron con lanzas largas. Tenia tambien seis cañones pequeños, llamados falconetes, los cuales con la caballeria dividida en dos trozos, colocó en los flancos de la infantería. Preparado así todo, esperó tranquilamente la llegada del enemigo.

No tardaron en ver salir de los pasos de las sierras las relucientes armaduras y estandartes de los Españoles que traja Hernando. Las tropas venian en muy buen orden, y marchaban con el paso firme de hombres que no se han fatiga-

do en la jornada y se hallan listos para entrar en accion. Iban acercándose poco á poco al llano, é hicieron alto á la orilla opuesta del riachuelo que defendia por el frente el campo de Orgoñez. Como ya era puesto el sol, resolvió Hernando pasar allí la noche, suspendiendo el comenzar la accion hasta la luz del nuevo dia.<sup>3</sup>

Las noticias de la próxima batalla se habian estendido rápidamente por todo el pais, de manera que las montañas y las alturas se veian cubiertas de una multitud de indígenas ansiosos de recrear su vista en tan agradable espectáculo, puesto que cualquiera que fuese el partido á cuyo favor se declarase la victoria, siempre serian derrotados sus enemigos.<sup>4</sup> Tambien las familias de los Castellanos habian salido en tropel del Cuzco, llenas de congoja, para presenciar la mortal lucha en que hermanos y parientes iban á disputarse el mando.<sup>5</sup> El número total de los combatientes podria parecer insignificantlyamente, aunque no lo era comparado con el que solia tomar parte en estas guerras de América. Mas no es el número de los jugadores, sino el valor de la apuesta que se disputa,

<sup>3</sup> Carta de Gutierrez, MS.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, Pedro Pizarro, Descub. y Conq. lib. 2, cap. 36, 37.  
MS.—Herrera, Hist. General, 4 Herrera, Hist. General, dec. dec. 6, lib. 4, cap. 1-5.—Carta 6, lib. 4, cap. 5, 6.  
de Espinal, MS.—Zárate, Conq. 5 Ibid. ubi supra.  
del Perú, lib. 3, cap. 10, 11.—

lo que dá importancia é interés al juego; y en esta sangrienta jornada se jugaba la posesion de un imperio.

Pasóse la noche sin que la innumerable multitud que cubria las alturas turbase para nada su silencio. Ni tampoco los soldados de los dos campamentos enemigos pensaron en tratar de una composicion, aunque corria por sus venas la misma sangre, y las respectivas avanzadas se hallaban tan próximas que podian conversar unas con otras. ¡Tan mortal era el odio que se encerraba en sus pechos!<sup>6</sup>

Amaneció al fin el sábado veinte y seis de Abril de 1538,<sup>7</sup> y apareció el sol tan despejado y brillante como acostumbra en este hermoso clima. Mucho antes que sus rayos bañasen el fondo del valle, ya el clarin de Hernando habia llamado su gente á las armas. Contaria en sus filas como setecientos hombres, recogidos de diversas partes. Allí estaban los veteranos de Pizarro, muchos soldados de Alonso de Alvarado

<sup>6</sup> "I fue cosa de notar, que se estuvieron toda la noche, sin que nadie de la una i otra parte pensase en mover tratos de Paz: tanta era la ira i aborrecimiento de ambas partes." Ibid., cap. 6.

<sup>7</sup> Edificóse despues en el campo de batalla una iglesia dedicada á San Lázaro, y los cadáveres de los que murieron en la accion fueron enterrados en su recinto. Esta circunstancia ha hecho suponer á Garcilaso que la batalla se verificó el sábado 6, al otro día de la fiesta de San Lázaro, y no el 26 de Abril como dicen generalmente. Com. Real., Parte 2, lib. 2, cap. 33.—V. tambien Montesinos, (Anales, MS., año 1538,) autoridad despreciable en todo.

que despues de su derrota habian hallado modo de escaparse y volverse á Lima, y los últimos refuerzos llegados de las islas, compuestos en su mayor parte de hombres probados en mas de un reñido combate, y en las penosas jornadas de las guerras de Indias. Su caballería era inferior á la de Almagro; pero compensaba esta falta lo escelente de su infantería, entre la que contaba un cuerpo de diestros arcabuceros, cuyas armas eran de la nueva invencion traída últimamente de Flandes. Eran de grueso calibre y disparaban tiro doble, compuesto de dos balas encadenadas. Serian armas muy toscas comparándolas con nuestras armas de fuego; pero en manos acostumbradas á manejarlas causaron un espantoso estrago.<sup>8</sup>

Hernando Pizarro dispuso su gente en el mismo órden de batalla que presentaba el enemigo, reuniendo la infantería en el centro, y colocando la caballería en los flancos, dividida en dos trozos. Puso el uno á las órdenes de Alonso de Alvarado, y él se reservó para sí el mando del otro. Mandaba la infantería su hermano Gonzalo acompañado de Pedro de Valdivia, el futuro héroe de Arauco, cuya desastrosa historia ha dado materia para tantas novelas y crónicas.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Zárate. Conq. del Perú, lib. 3, cap. 8.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 2, cap. 36.

<sup>9</sup> La Araucana de Ercilla, tie-

ne el mérito, si tal puede llamarse, de reunir en un conjunto la historia y la novela. Sin duda que la Musa jamas se atrevió á entrar

Dijose misa como si los Españoles fuesen á pelear por la propagacion de la fé, segun ellos creian otras veces, y no á empapar su manos en la sangre de sus compatriotas. Hernando Pizarro dirijió en seguida una breve arenga á su tropa. Hizo una enumeracion de los agravios personales que él y su familia habian recibido de Almagro; recordó á los veteranos del gobernador que se habian dejado arrebatár el Cuzco de las manos; hizo asomar la verguenza al rostro de los soldados de Alvarado hablándoles de la derrota de Abancay, y señalándoles la metrópoli inca que relucia á los primeros rayos del sol matutino, les dijo á todos que ella seria el galardón del vencedor. Respondióle la gente con aclamaciones, y dada la señal, Gonzalo Pizarro al frente de su batallon de infantería se encaminó en derecha al rio. La corriente no era ancha ni profunda, y los soldados no tuvieron dificultad en ganar la orilla opuesta, porque la caballería enemiga no podia acercarse al rio por lo pantanoso del terreno. Pero cuando iban atravesando por los cenagales, la artillería gruesa de Orgoñez jugó con tanto efecto contra las primeras filas que las puso en desórden. Gonzalo y Valdivia se metieron entre los soldados,

en tantos detalles no solo poéticos, sino políticos, geográficos y estadísticos, como se hallan en este famoso poema castellano. Es un diario militar puesto en verso.

amenazando á unos, animando á otros, y por último les hicieron avanzar con valentia hasta el terreno firme. Allí se apartaron los arcabuceros del resto de la infantería, ganaron una pequeña altura, y desde ella rompieron á su vez un fuego mortífero sobre la tropa de Orgoñez, dispersando su escuadron de piqueros y causando grave daño en la caballería de los flancos.

Reunió mientras tanto Hernando Pizarro sus dos escuadrones de caballería en una sola columna, atravesó el rio al abrigo del fuego granado, y llegando á terreno firme se arrojó de golpe sobre el enemigo. Orgoñez, cuya infantería habia padecido ya mucho, hizo avanzar su caballería, formó los dos escuadrones en un solo cuerpo á imitacion de su contrario y se dirigió á todo galope sobre él. El choque fué terrible, y el enjambre de Indios que cubria las alturas vecinas, le saludó con un diabólico alarido de triunfo que sobrepujó al estruendo de la batalla y su eco fué á perderse á lo lejos entre las montañas.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 4, cap. 6.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Espinal, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 3, cap. 11.

Todo lo relativo á esta batalla, la disposicion de las fuerzas, el carácter del terreno, y el órden del ataque, se encuentra referido

con tanta variedad y confusion, como si se tratase de un batalla entre dos grandes ejércitos, y no de un combate de un puñado de hombres por cada parte. Diríase que en ningun lugar es tan difícil encontrar la verdad como en un campo de batalla.

La lucha fué desesperada, porque ya no peleaban los blancos contra Indios desnudos, sino Españoles contra Españoles; ambos gefes animaban á sus soldados con sus gritos de guerra. “*El Rey y Almagro*,” decian unos: “*El Rey y Pizarro*,” gritaban otros, peleando al mismo tiempo con un furor, que no podia compararse con la simple antipatia nacional; con un ódio cuya intensidad era proporcionada á la fuerza de los lazos que habia roto.

Orgoñez se portó en esta sangrienta jornada, como un hombre para quien la batalla es su elemento. Eligió á un caballero, creyendo equivocadamente por el color de su ropa que era Hernando Pizarro; le acometió á carrera abierta, y le echó á tierra con su lanza. A otro atravesó de la misma manera, y á un tercero dió una cuchillada, cuando gritaba “victoria” antes de tiempo. Pero mientras se portaba de este modo como un paladin de novela, le alcanzaron las balas de un arcabuz, que atravesando las barras de su visera, le rozaron la frente y le dejaron por un rato sin sentido. Antes de que se recobrase enteramente, le mataron el caballo, y aunque el caido caballero consiguió desprenderse de los estribos, fué rodeado y vencido por un número considerable de enemigos. Rehusaba todavía entregar su espada, y preguntó “si no habia entre ellos algun caballero á quien pudie-

ra entregarse." Un tal Fuentes, criado de Pizarro, dijo que él lo era, y Orgoñez le puso en las manos su espada; pero sacando su daga aquel cobarde se la clavó en el corazón al indefenso prisionero! Cortáronle luego la cabeza, y clavada en una pica se colocó (¡horroroso trofeo!) en la plaza principal del Cuzco, como cabeza de un traidor. <sup>11</sup> Así pereció un caballero tan leal, tan resuelto en el consejo, y tan atrevido en la batalla, como pudo serlo cualquiera otro de los que arribaron á las costas del Nuevo Mundo.

Habia ya mas de una hora que se peleaba, y la fortuna se iba mostrando contraria al partido de Almagro. Muerto Orgoñez, la confusion fué en aumento. La infantería, no pudiendo resistir el fuego de los arcabuceros, se dispersó y fué á refugiarse tras de las cercas que habia por aquellos campos. Pedro de Lerma, esforzándose en vano por rehacer su caballería, embistió á Hernando Pizarro, con quien tenia enemistad personal. Pizarro no esquivó el encuentro, y las lanzas de ambos caballeros alcanzaron al adversario. La de Hernando atravesó el muslo de su contrario, y el arma de Lerma resbaló por el arzon de la silla, y chocó con tal fuerza contra la armadura de Hernando; que la rompió, hiriéndole ligeramente en la ingle, y haciendo sentar

<sup>11</sup> Pedro Pizarro, Descub. Gen., ubi supra.—Zárate, Conq. y Conq., MS.—Herrera, Hist. del Perú, ubi supra.

al caballo sobre las ancas. Pero la mucha gente que tambien peleaba, separó á los combatientes; y en la confusion que se siguió, Pedro de Lerma perdió la silla y quedó tendido en el campo cubierto de heridas. <sup>12</sup>

Acabó ya todo orden entre los soldados de Almagro, y casi no oponian resistencia. Huyeron todos hácia el Cuzco, cada uno como pudo, y se consideraba feliz el que lograba perdon cuando lo pedia. El mismo Almagro, no pudiendo mantenerse tanto tiempo á caballo, se recostó en una litera, y desde una altura cercana presenció la batalla, espiondo todas sus alternativas con la ansiedad de un hombre que sabia se interesaban en ella su honor, su fortuna y hasta su vida. Vió con agonía indescribible á sus fieles tropas arrolladas por los contrarios, despues de una encarnizada lucha; hasta que mirando que todo era perdido logró montar en una mula y huyó á refugiarse por lo pronto en la fortaleza del Cuzco. Mas á poco fueron á buscarle, le prendieron, y le llevaron en triunfo á la capital. Allí á pesar de sus enfermedades le cargaron de cade-

<sup>12</sup> Herrera, Hist. General, avisó á Orgoñez, para que este ubi supra.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 2, cap. 36. pudiese distinguirlo en medio del combate. Pero otro caballero

Segun Garcilaso, Hernando Pizarro llevaba una ropilla de terciopelo naranjado sobre la armadura, y antes de la batalla lo avisó á Orgoñez, para que este pudiese distinguirlo en medio del combate. Pero otro caballero de la escolta de Hernando llevaba, segun parece, los mismos colores, y esto dió margen á la equivocacion de Orgoñez.

nas y le encerraron en el mismo aposento en que él habia tenido presos á los Pizarros.

La accion duró apenas dos horas. Aunque apuntan con variedad los autores, el número de los muertos, probablemente llegaria á ciento cincuenta; (uno de los combatientes le hace subir á doscientos <sup>13</sup>); pérdida considerable si se atiende al poco tiempo que duró la accion y al corto número de soldados que tomó parte en ella. De los heridos nadie hace mencion, y á la verdad, las heridas eran los gages ordinarios de aquellos caballeros. Dicen que Pedro de Lerma recibió diez y siete, y con todo le sacaron vivo del campo. La mayor parte de la pérdida recayó sobre los de Almagro; pero la matanza no se redujo al calor de la accion, sino que era tal el mortal rencor de ambas partes, que muchos fueron muertos como Orgoñez á sangre fria despues de haberse rendido. A Pedro de Lerma, cuando yacia en el lecho del dolor en la casa de un amigo en el Cuzco, entró á verle un solda-

13 "Murieron en esta batalla de las Salinas casi doscientos hombres de una parte y de otra." (Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.) Casi todas las autoridades hacen menor la pérdida. El tesoroero Espinal, partidario de Almagro, dice que concluida la accion mataron ciento cincuenta hombres á sangre fria. "Siguiéron el alcance lo mas cruelmen-

te que en el mundo se ha visto, porque matavan á los hombres rendidos e desarmados, e por les quitar las armas los matavan si presto no se las quitaban, e trayendo a las ancas de un caballo a un Ruy Diaz viniendo rendido e desarmado le mataron, i desta manera mataron mas de ciento e cincuenta hombres." Carta, MS.

do llamado Samaniego á quien en otro tiempo dió de golpes por una desobediencia. Este individuo entró solo en el aposento del herido, se sentó á su cabecera, y echándole entonces en cara aquella injuria, le dijo que venia á lavarla con su sangre. En vano le aseguró Pedro de Lerma que cuando recobrase la salud le daria la satisfaccion que deseaba. Aquel malvado exclamó, "ha de ser ahora," y le hundió la espada en el pecho. Vivió todavia este soldado algunos años para vanagloriarse de aquel hecho atroz, que el consideraba como una reparacion de su honor ofendido; pero es satisfactorio el saber que tan insolente jaectancia le costó al fin la vida. <sup>14</sup> Tales anécdotas, por repugnantes que sean, sirven para dar á conocer no solo el espíritu del siglo, sino tambien aquel espíritu singularmente feroz que desarrollan las guerras civiles; las mas crueles de todas, esceptuando las guerras religiosas..

Empeñado un ejército en la fuga hácia el Cuzco, y el otro en el alcance, pronto quedó desierto el campo de batalla. Pero inmediatamente vino á ocuparle un enjambre de pilladores, porque los Indios, descolgándose de las montañas

14 Carta de Espinal, MS.—men el gobernador de Puerto Garcilaso, Com. Real., Parte 2. Viejo, pues este gefe y todo el lib. 2, cap. 33. vecindario, no pudieron sufrir la

Cosa de cinco años despues le insolencia y descaró con que se hizo ahorcar por este mismo crí- vanagloriaba de este hecho atroz.